



AURA G. MARTÍNEZ LEAL¹

LA COMPLEJA RED SOCIAL DEL MALTRATO INFANTIL

Resumen

Este artículo es una reflexión, desde la psicología y con un tono personal, sobre uno de los temas que expresa la violencia de nuestro país como lo es el maltrato infantil. Aquí se sostiene, como idea central, que la historia de la infancia es la historia de su maltrato. Que la relación de los niños con sus padres, maestros y demás adultos con los convive, deja ver las múltiples formas de sometimiento de las que los menores son objeto. Pese a algunos reconocimientos del los últimos tiempos, entre ellos el de los Derechos del Niño, la situación de inferioridad de éste con relación al adulto sigue siendo preocupante. El maltrato infantil se manifiesta en todos los espacios de la vida social, sobre todo en aquellos en los que menos se espera como lo son la escuela y la familia. Para sustentar esto se parte de algunas mitologías sociales sobre la infancia las que, con su "legitimidad social", permiten afianzar la autoridad de

los adultos sobre los niños. A partir de lo anterior sostiene que la sociedad toda constituye una especie de "red social del maltrato". Finalmente y ante tal situación, se propone generar espacios en los que posibilite la devolución de la palabra a la infancia, en los que se reconozca el valor de la educación y que en ella tenga un lugar la fantasía, la ilusión y la ternura como posibilidades de construcción de unas nuevas formas de relación entre los adultos y los niños.

Summary

This article is a personal reflection from the perspective of Psychology about one of the representative issues of violence in our country: child abuse. The thesis here is that children's history is basically the history of abuse. It states that children's relations with their parents, teachers, and other adults imply multiple ways of the domain exerted on the children. Even though some recognition on children have been given, particularly in respect to Children's Rights, the infe-

rior position of children in front of adults is still a matter of concern. Child abuse is present in every space of social life, but mainly in those where it is expected not to be: the school and the family. In order to support this thesis some social myths on childhood, those that "socially legitimate" the authority of adults on children, are presented. Based on this it is stated that the whole society is like a "social net of abuse". Finally, based on this situation and without ignoring the incidence of conflict in social life, this work proposes the generation of spaces where children's voice is heard again, where education is once again important for developing the fantasies, the illusions and the tenderness as possible ways of constructing new relations between adults and children.

¹ Profesora Universitaria.
Psicóloga Instituto de Seguro Social.

Hablar de maltrato infantil en nuestro país es hablar de una de las múltiples formas, quizá la más cruel, como se manifiesta la violencia que nos caracteriza y con la que se nos identifica en todas partes del mundo. Sin embargo, hablar de maltrato infantil en nuestro país es también hablar de una de las más comunes y universales formas como se ha expresado la relación *ADULTO-NIÑO* en toda la historia de la humanidad desde el "fantástico paraíso terrenal" hasta la realidad virtual de hoy.

Estos dos aspectos nos ilustran ya sobre lo difícil que es abordar este tema y, en todo caso, lo imposible que resulta tomarlo en su integralidad. Por ello, este artículo se propone abordar, en nueve puntos, lo que encontramos, pueden ser los aspectos centrales de una discusión en torno a este tema.

1. HISTORIA DE LA INFANCIA, HISTORIA DE MALTRATO

No se trata de proponer aquí una precisa historia de la infancia. Más bien se puede mirar entre sus líneas cuál ha sido la importancia que ella ha tenido en cada época y cómo es la relación adulto-niño que de ello se deriva. El niño, como concepto moderno, nace para la sociedad hacia el siglo XVIII. Antes sólo era considerado como un homúnculo, un incompleto hombrecito al que había que alimentar y cuidar para que creciera y se volviera, ahora sí, importante y valioso. Dentro de esta perspectiva se realizaba todo un proceso de selección y moldeamiento para garantizar que este homúnculo llegara a ser un hombre completo y útil a la sociedad. Por ello no es difícil aceptar que, entonces, los ni-

ños nacidos incompletos, deformes o mutilados fueran rápidamente eliminados y que aquellos que no respondieran al moldeamiento fueran sometidos a un duro régimen de amenaza, castigos, imposiciones y exigencias que los obligaran a sujetarse a lo establecido para él. Régimen igual y peor al que se utiliza hoy en la disciplina castrense para hacer "hombres de honor".

Históricamente esto comienza en el momento en el que el hombre se hace más consciente de su racionalidad y la manera de pensar adulta se diferencia cada vez más claramente de la manera infantil de pensar. Se van estructurando así dos mundos muy diferentes: *MUNDO ADULTO* vs *MUNDO INFANTIL*, con percepciones, intereses, deseos y ex-

periencias bastante distintas. Esta creciente diferenciación crea dificultad en el adulto para comprender al niño; le produce angustia el verlo tan distante e incapaz y de estas dificultades y angustias nace la autoridad. Esta autoridad aunque fuente de seguridad para el niño y de tranquilidad para el adulto, termina finalmente convertida en autoritarismo y es de este del que nacen el sometimiento, el castigo, la imposición y la violencia. Pero el adulto está convencido de que así debe ser. Es por el bien del niño, es por su futuro, hay que formarlo, hay que educarlo: "la letra con sangre entra".

No es fácil establecer un límite definido entre autoridad y autoritarismo, porque la misma idea de autoridad encierra en sí una desigualdad: hay





alguien que tiene la autoridad y alguien sobre quien ella se ejerce. No es posible así la relación de iguales, el diálogo. No hay paridad. La relación adulto niño es una relación de jerarquía en la cual el adulto ejerce su poder sobre el niño mientras éste debe acatar, obedecer y respetar. Frente a esta última afirmación es difícil pensar que no deba ser así. El adulto conciente de esto debe, entonces, enfrentar una constante lucha por mantener los límites, por no pasar la barrera que lleva al autoritarismo y por este mismo afán se encuentra que no hace más que caer en formas de poder que justificará muy bien afirmando de nuevo una y otra vez: es por su bien, más tarde me lo agradecerá. Pero no es así. "La autoridad no es más que la máscara encubridora de la violencia", afirmará una y otra vez Gerard Mendel a todo lo largo de su poca comprendida obra *La descolonización del niño*, la una llama a la otra, ambas van de la mano.

Cuando llegado el siglo XVIII con el nacimiento de la psicología y de la pedagogía, el pequeño homúnculo desaparece para dar paso al infante con características y estructura humana propias, no obstante no logra adquirir autonomía y reconocimiento de igualdad en su relación con el adulto.

Aunque su situación social y educativa ha mejorado notablemente en un proceso que condujo al reconocimiento de sus propios derechos promediando el siglo XX, su situación de sometimiento e inferioridad frente al adulto no ha logrado cambiar sustancialmente. No es con sangre que la letra entra, dice el nuevo principio, es con novedosas y pedagógicas formas de sumisión y represión como debe hacerse ahora.

Aparece así la pedagogía de la amenaza, el grito y el chantaje: si no haces esto entonces..., cuando termines entonces..., si te apuras entonces..., si eres el primero entonces... De estas amenazas, una de las más crueles dice: si no eres juicioso (educadito!) entonces... terminarán expulsándote de todos los colegios. La aparente mejora termina así convertida en tragedia.

Los siglos XIX y XX significan una transformación de la vida familiar: la madre ingresa a la vida laboral y el niño queda abandonado a su tempranísima escolaridad o al cuidado de una madre sustituta (niñera, empleada, abuela, tía, vecina). Son nuevos espacios no deseados que, además, significan nuevas y más sofisticadas formas de sumisión. Esta es la situación. Las familias están cada vez más resquebrajadas, la mujer aun no llega a compaginar tantos nuevos roles que se le presentan y el hombre aun no se atreve a cubrir las deficiencias que se presentan o lo ha empezado a hacer tímidamente. Por qué entonces no afirmar que historia de la infancia e historia del maltrato son la misma cosa?

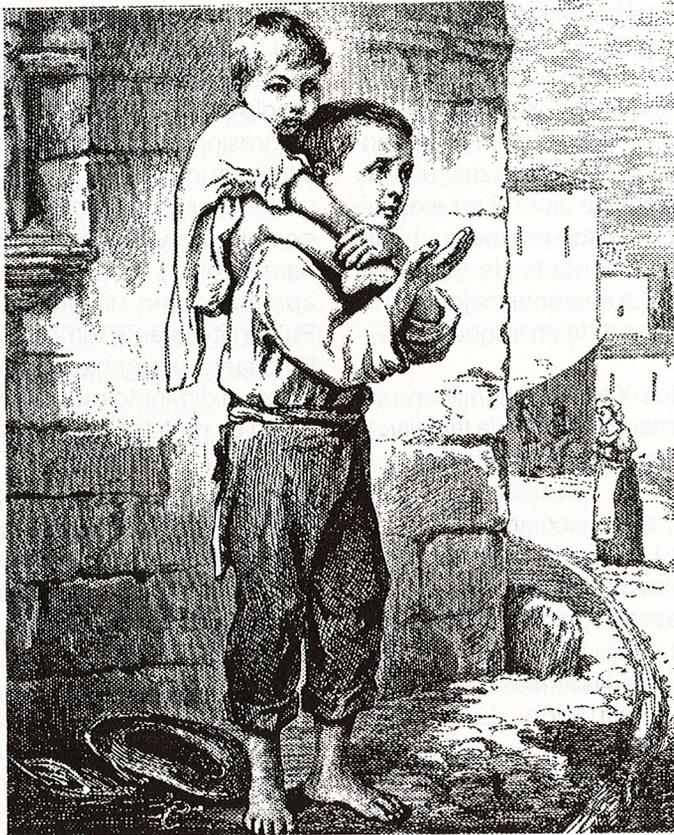
2. PRINCIPIOS TEORICOS EN QUE SE FUNDAMENTA UNA VISION DE MALTRATO

a. *Existe en el adulto una altísima tendencia a someter a la infancia*

Esto se puede sustentar desde dos planos, uno psicológico y otro social. Desde la perspectiva psicológica hay tres aspectos que se pueden señalar: el primero es el más profundo pues allí están dos princi-

pios opuestos: amor y odio. Ambos fuertes, ambos buscando realizarse. El amor acoge y acaricia pero el odio se manifiesta como represión y agresión. Son dos principios de acción que conviven en toda persona. El segundo aspecto es expresión de algo muy anatómico, muy real para el niño. Para éste el adulto aparece como un gigante y, cual Pulgarcito, siente temor y angustia. Entretanto, el gigante adulto encuentra en el diminuto muñeco alguien a quien es más fácil dominar y aplastar. Las peores historias de maltrato nunca se han dado entre pares. El tercer aspecto es más histórico y vivencial. Todo adulto ha sido niño y en esta etapa su situación fue más o menos dolorosa frente a su adulto. El dolor generado aquí provocó más o menos represiones, culpas, rencores y heridas profundas las cuales reaparecen ahora y buscan en quien descargarse. Pero no será en cualquier niño. Debe serlo en aquel que más me haga recordar mi infancia y revivir mis duelos y nadie puede serlo mejor que mi propio hijo, mi espejo, y luego, todo aquel que logre despertar en mi algún afecto precisamente porque se parece a mi, a mi infancia.

En lo social hay un gran aspecto que se debe plantear. La sociedad opresora de nuestro tiempo, nuestra insatisfactoria y frustrante sociedad de hoy que no permite la realización del amor sino la exacerbación del odio. La violenta sociedad en la que vivimos no hace más que alimentar nuestra agresividad. "Si no lo castigo no funciona". "Si no es a las malas no entiende". "Si no le levanto la mano terminará levantándose a mí". Estos son los axiomas que rigen las relaciones ADULTO-NIÑO de hoy.



b. La colonización del niño

Nuestra cultura colombiana no le ha otorgado un estatus mínimo a la infancia. Nuestra cultura colombiana no ha descubierto a la infancia. Aunque a nivel legal nuestro país ha suscrito los acuerdos internacionales con respecto a la infancia y aunque la legislación sobre el menor esté bastante avanzada y completa, en la realidad no se expresa lo mismo. El niño colombiano está totalmente desprotegido por la Ley. Ni sus más mínimos derechos le son respetados. En su mayoría, sufre hambre, desnutrición, abandono, desprotección, abuso sexual, enfermedad, secuestro y trabajos forzados, entre otros problemas. Y mientras ocurren todas estas violaciones no es defendido ni protegido por nadie.

Mientras tanto el niño que logra acceder a algunos de sus derechos sociales como educación y salud, suele recibirlos en una forma tan lamentable que más le valiera no acceder a ellos. Y, finalmente, el niño colombiano que logra acceder a mínimos derechos con calidad, en todo caso, está en situación de sujeción y sometimiento a una mirada adulta inquisidora (padres, maestro, maestra, médico, enfermera). En síntesis el niño de nuestra Colombia es un problema, así sea un problema poco importante.

No obstante, existen entidades y personas defensoras de la infancia: UNICEF, ICBF, Juzgados de menores, por ejemplo, pero tienen ellas tan poca voz, están tan calladas, tan silenciadas, que parece que fueran un niño más.

3. AUTORES Y ACTORES DEL CASTIGO Y EL MALTRATO

Nuestro niño de hoy está muy rodeado de adultos. Su madre en primera instancia. Luego padres, abuelos, tíos, vecinos. Finalmente profesores y otros miembros de su comunidad.

La primera forma de relación ADULTO-NIÑO es la relación Madre-Hijo. Esta suele ser en gran medida una relación de afectos, ternuras, satisfacciones y en algunos casos, también, rechazos e insatisfacciones. Una relación Madre-Hijo que puede expresarse mucho más en afecto y ternura que en fuerza y rechazo es una relación positiva y es factor determinante en las futuras relaciones. Más adelante se presenta cómo esta situación puede resultar severamente alterada. La relación Padre-Hijo, en cambio, ha sido más una relación de autoridad centrada en la demanda y la imposición. En esta relación encuentra el niño por primera vez el ejercicio de la desigualdad que ya él ha percibido externamente. Es la aparición de un gigante frente a un enano. Sin embargo, esta autoridad puede encontrar fuertes matices de ternura y mutua comprensión. Si es así, se posibilita al niño una importante opción para el logro de la autoconfianza, seguridad y deseo de salir al mundo, de dejar la madre nutricia.

Encuentra el niño luego otras formas de relación con adultos también en términos de autoridad. Es la relación que se inicia con sus familiares más próximos: abuelos y tíos en particular. Especial importancia tiene aquí la relación con los abuelos en la cual el niño suele encontrar un desahogo, un descanso, un retorno



al seguro regazo materno. Los abuelos suelen ser un lugar de refugio frente a las exigencias de los padres y un espacio para la tolerancia. Debajo de faldas y pantalones se encuentra el escondite de sus pilatunas y el apoyo de sus inseguridades. Pero no siempre ello es así. Hay un número importante de casos en los que los abuelos tienen que entrar a ejercer el rol de padres y es aquí donde se cultivan las mejores opciones para el maltrato. Los abuelos saben que esta no es función que les corresponda. Además su actual estado físico y psicológico no les facilita realizar una buena labor y, para colmo, es frecuente encontrar que sus esfuerzos fracasan, que estos niños se salen de sus manos, que su rebeldía y agresividad son incontrollables y es entonces cuando el maltrato se convierte en una urgente necesidad.

Llega luego el momento, cada vez más temprano, en el que el niño debe ir a la escuela. Se encuentra allí con una gran cantidad de caras gigantes y ambivalentes en las que encuentra por momentos ternura y por momentos agresión. Es como tener allí, resumidos, los rostros de mamá y papá. No obstante, para el ya escolar, esa no es una buena situación ya que se le dificulta manejar esta ambivalencia. Su maestro por momentos está "bueno" y por momentos está "malo" y él no logra comprender de qué depende esto. No logra comprender que su maestro también es padre, trabajador, esposo,... y que a veces lo que menos es, es precisamente eso: maestro. El niño está así en permanente ansiedad y ya esto empieza a dificultar sus procesos de aprendizaje.

Ligados a estos procesos de aprendizaje es como aparecen las mayo-

res ocasiones para la incompreensión y el maltrato al niño. Usualmente se le exigen aprendizajes para los cuales no está aun preparado ni interesado y la no satisfacción de esta exigencia significa para él amenazas, castigos, quiebra de la confianza en relación con sus padres, finalmente, fracaso y deserción. Esto es algo que sigue sucediendo hoy muy a pesar del constructivismo que propone opciones de aprendizaje autónomo y lúdico, muy a pesar de las nuevas pedagogías y la nueva legislación de promoción automática. Podríamos ya decir también que muy a pesar del aprendizaje basado en procesos y competencias y, muy pero muy, a pesar de las normas internacionales que exigen respeto fundamental a la diferencia, a la autonomía del desarrollo infantil y que textualmente dicen "El niño necesita amor y comprensión para el pleno y armonioso desarrollo de su personalidad"²

Al lado de los aprendizajes están las exigencias disciplinarias que se hacen y ante las que existe amplio consenso de que si no es así los grupos se saldrán de la mano de las instituciones. Se establece con este objetivo y gracias a la autonomía institucional, un código disciplinar bastante estricto que, a veces, sí surge de la misma comunidad como un concertado "manual de convivencia" pero que, en muchos casos, suele ser el apoyo de castigos, amenazas, denuncias, sanciones y expulsiones. Ni por un momento se analiza que los niños que llegan a este punto son precisamente los que más apoyo familiar, institucional y social

² Ver Numeral 6 de la Declaración Universal de los Derechos del Niño, Declaración de Ginebra 1949

demandan y que aquí suelen estar los niños con mayor riesgo de convertirse en infractores sociales. Constancia de esto abundan en los casos que, por ser los más escandalosos, a veces se filtran en la prensa o los muchos casos de tutelas que deben interponer los padres en defensa de sus hijos. ¿Qué queda entonces de la institución educativa? ¿Cuál es la idea de educación que se maneja? ¿Educación sigue siendo sinónimo de instrucción? ¿Educar es formar a los ya educados o a los fácilmente educables?

La Escuela pasa así de ser en teoría "centro de educación formación y respeto" a una realidad que la ha ido reconociendo como un importante centro de maltrato y negación de la infancia. Muy poco hace la sociedad por intervenir críticamente, al contrario, lo más usual es encontrar desde una tácita hasta una muy abierta complicidad de padres y comunidades en general. Muchas veces porque se asume que si está educando a nuestros hijos es necesario permitir que todo esto suceda. "Profesor ándeles durito para que respondan. Con mano dura es que toca", escucha uno decir con frecuencia en las reuniones de padres de familia.

Finalmente, está la relación que establece el niño con la sociedad. La imagen social que se tiene de la infancia. ¿Qué imaginario podrá construirse de una realidad como la nuestra? De ella se pueden derivar imágenes como niño de la calle, niño abandonado, niño abortado, niño trabajador, niño secuestrado, niño sicario, niño guerrillero, niño desplazado, niño abusado, niño maltratado, niño desnutrido, niño enfermo, niño analfabeta, niño escolarmente fracasado, niño sin

voz, niño sin defensa. Y no son éstas algunas excepciones, es una dura realidad que dibuja a mucho más de la mitad de nuestros niños. ¿Qué más decir? ¿Existe maltrato social del niño? Aquí sólo queda agregar, parafraseando a un famoso pedagogo, que una sociedad que no tiene a la infancia en el primer lugar de sus preocupaciones es una sociedad que no tiene idea de su misión o se encuentra totalmente alienada en ella.³

4. MITOLOGÍAS SOCIALES DE LA INFANCIA.

Decíamos atrás que a partir del Siglo XVIII se han venido realizando



juiciosos estudios⁴ que han conducido a un mayor conocimiento de lo que es la infancia y de las mejores formas de relación *ADULTO-NIÑO* que podrían proponerse. No obstante, las mitologías e ideas que se conservan y circulan socialmente hoy acerca de la infancia sólo han llegado a asumir muy poco los nuevos conocimientos. Veamos algunas de esas mitologías.

a. *“La letra con sangre entra”*

Aunque muchos afirmamos que esto fue algo del pasado, lo cierto es que sigue siendo muy vigente. Las exigencias y amenazas que utiliza el educador y el padre para forzar los aprendizajes son reflejo de ello. Las dificultades y trabas que se agregan al proceso de aprender, dicen lo mismo. Y los castigos que se ofrecen a cada mal comportamiento del niño en la escuela, en la sincera creencia de que así se aprende, así no se vuelve a cometer el error y así será un buen adulto, no son más que frases sinónimas de que “la letra con sangre entra”.

b. *“Si no lo castigamos ahora que es niño cuando crezca va a ser más difícil controlarlo*

Todos seguimos muy convencidos de esto. Todos pensamos que, cual animalito, sólo a través del castigo el niño entiende. Aun no hemos asumido que el niño es un ser inteligente y débil, que el niño esta ávido de

aprender y desarrollarse, que el ser humano a diferencia del animal guarda en sí fuertes tendencias hacia el conocimiento (tendencias epistemológicas, dicen los psicoanalistas), las cuales se reflejan como curiosidad y gran actividad. Además de esto, se nos olvida que el ser humano, al contrario del animal, posee una muy prolongada infancia que le permite dar mucho espacio y tiempo para aprender y que es esto mismo lo que lo hace débil, tierno, dependiente y permanentemente necesitado de ayuda, afecto y comprensión. Pero lo más importante que se nos olvida es que el ser humano es esencialmente un ser de lenguaje, un ser cuya principal *arma* es la palabra y que esta *arma* reemplaza perfectamente a todas las demás formas de castigo que se utilizan. En conclusión, que el tierno humano no requiere de castigo para aprender sino de libertad, actividad, lenguaje y mucho afecto.

c. *Es mejor que el niño aprenda a ser serio, ordenado y educado desde ahora. Mientras más pronto mejor*

Con esta afirmación se justifica toda clase de exigencias no adecuadas para su edad que se hacen al niño, no comprensibles aun para él mismo pero que sí, en cambio, se convierten en ocasión para hacer de la relación *ADULTO-NIÑO* una cotidianidad difícil, ardua, dolorosa y distante. No es cierto que el adulto ordenado, serio y responsable fue igual de niño, ni que el adulto educado lo fue igual de niño. Todo lo contrario. Hoy se sabe con más certeza que el mejor adulto, el más competente, es aquel que cuando fue niño tuvo las mejores oportunidades para serlo, es decir, que el

³ Confrontar toda la obra visionaria de Paulo Freire, empezando por su famosa *Pedagogía del Oprimido*, Siglo XXI, Bogotá, varias ediciones.

⁴ Entre los estudios históricos sociales vale destacar *Historia de la Infancia*, de Lloyd deMause, Alianza Universidad, Madrid, 1982, lo mismo que los trabajos de Philippe Aries incluidos en la *Historia de la vida privada*, Alianza, Taurus, Madrid, 1987. También de este mismo autor ver *Infancia*. En revista de Educación No. 281. Madrid, 1986.



mejor adulto suele haber sido en su momento el mejor niño.

Piaget también ha sido el pionero en esto cuando nos ilustra acerca de las diferentes fases del desarrollo moral en el niño y el juicioso análisis que hace de las ideas pedagógicas de Durkheim tal como aquella en la que afirma que: "En la vida no todo es juego; por tanto es necesario que el niño se prepare para el esfuerzo, para el sufrimiento, y, por consiguiente, sería desastroso dejarle creer que todo puede hacerse jugando"⁵. Qué importante fuera que todo educador leyera o volviera a leer juiciosamente toda esta rica obra de Piaget, antes de aprobar sus manuales de convivencia.

d. "La infancia es el futuro de la sociedad"

Esta es la frase que con más frecuencia repiten los coros de adultos. Siempre que se habla de la infancia para reivindicarla, para mostrar alguna preocupación por ella, se acude a la idea de que los niños son el futuro. Lo que se esconde aquí es la real "desvalorización" que de ella se tiene, esto es, que la infancia sólo es importante por el futuro que encierra, mucho más claramente dicho, que el niño sólo es importante por el adulto que lleva dentro y que, por consiguiente, que el niño en sí mismo, como niño, no reviste mayor importancia. Aparece aquí en una nueva versión, la antigua idea del homúnculo, del niño como hombre en miniatura. Pero no, no es así, y todo lo hasta ahora dicho no ha querido más que insistir sobre la realidad de esto.

⁵ Durkheim, E., citado por Piaget, J. En El Criterio moral en el Niño, Martínez Roca, Barcelona, 1984, p. 301



e. El niño es como arcilla en manos del alfarero, es plastilina que el adulto puede moldear a su antojo

Esta creencia ha sido fuente de mucha angustia para la relación ADULTO-NIÑO en cuanto hace sentir al adulto excesivamente responsable frente a su misión formadora y al niño excesivamente sujeto a la voluntad adulta, sin que finalmente se obtenga que el adulto fabrique al niño a la medida deseada por él. Basta con mirar tantos casos de hijos que fueron educados por sus padres para ser músicos, escritores, científicos o delincuentes y al final terminaron siendo algo totalmente diferente aunque en muchos casos con una carga de fracaso y desadaptación. El niño no es ser pasivo en su formación, el niño no es tabula rasa. Existe en él una carga hereditaria biológica, emocional y social que empieza pronto a ser fuente de determinaciones y autodeterminaciones. Sumado a esto, está el hecho de que todo ser humano lleva en sí, muy en

sí, su voluntad y su libertad y entonces, debe aceptarse que toda formación es autoformación, toda educación es autoeducación y toda decisión es autodecisión

Lo que puede ocurrir cuando no se asume esto es que el adulto termina forzando y lesionando de tal modo las aspiraciones profundas del niño que lo que se logra es producir una confusión tal que el chico termina no sabiendo qué es lo que en realidad quiere ser, o generando un fuerte conflicto entre su deseo y el deseo de los padres. Por otro lado, la intromisión en la autonomía y la libertad llegan a ser fuente de gran infelicidad cuando, ya en la adolescencia, el joven siente que tiene que asumirlas en su plenitud, pero no se atreve a hacerlo llegando pronto a desarrollar una rebeldía, agresividad, depresión e inseguridad mucho más profundas de las que normalmente suele presentar. El joven sabe que sólo por las malas podrá terminar imponiendo su criterio.

f. "Si no haces lo que te digo ya no te quiero"

Es este el chantaje del amor. Ha sido un recurso muy utilizado por el adulto con exitosos resultados para él pero con gran generación de angustia para el niño quien entra en un juego en el que o sacrifica sus deseos personales o se somete a la amenaza de pérdida de aquel adulto de quien depende y a quien tanto teme. Esto puede terminar generando en él una verdadera neurosis que se expresará como pataleta, berrinche, mal genio y llanto frecuentes. El adulto, frente a los buenos resultados que obtiene, llevará este recurso a su máxima expresión con la resultante de tergiversación del profundo sentido del amor claro, sin condiciones, sin barreras, sin atenuantes, sin negociaciones que es el verdadero amor que liga la relación madre-hijo, padre-hijo.

5. LA RED SOCIAL DEL MALTRATO

Hablar de castigo, maltrato, represión, es hablar de un complejo biopsicosociohistórico difícilmente superable desde una sola perspectiva. La sola perspectiva médica o psicológica del problema nunca podrá ofrecer análisis y respuestas satisfactorias.

La red social de maltrato se enmarca en nuestro país en la larga historia de violencia que hasta hoy hemos afrontado. Es una compleja historia en la que intervienen factores de todo orden: políticos, económicos y culturales en la que tanto dolor, tantas lágrimas, tanta protesta violentamente acallada nos ha tornado insensibles, fríos, despreocupados y, en lo más profundo, anestesiados frente al

valor de la vida y de la paz. Pero, ¿será que tan larga historia y tan profundo esté ocasionando, al mismo tiempo, una nueva generación de hombres y mujeres empiecen la búsqueda por una nueva forma de interrelación social? ¿Será que la corrupción, la injusticia social y la "desvalorización" de la vida misma no nos empujan con fuerza a buscar nuevas perspectivas? ¿Será que esta dolorosa historia de años no puede dar un definitivo viraje tal como ha sido posible en otros países violentos y sufridos? ¿Qué es lo que nos falta para llegar a esta posibilidad?

El maltrato individual es reflejo de un maltrato social y éste se enriquece en aquél. La persona maltratante y la persona maltratada se hallan ambas inmersas en un marco social que facilita, posibilita y hasta promueve el maltrato. En un texto que es el resultado de una investigación sobre la infancia en Colombia en la primera mitad del siglo XX se dice que para esta época «Los adultos desataban su ira sobre los niños a manera de chivos expiatorios. Ellos padecían la agresión que el adulto había recibido y no había podido impedir. Las mujeres maltratadas por sus maridos y amantes, humilladas y despreciadas, hacían recaer su odio sobre los niños. Los maridos y amantes, maltratados por la sociedad en trabajos mal remunerados, humillados por los jefes y capataces, hacían a su vez recaer su odio sobre las mujeres y niños. La policía, que no siempre podía enfrentarse a los adultos, concentraban la rabia de su frustración sobre los niños callejeros y delincuentes, en quienes descargaba con saña toda su furia»⁶. De

⁶ Muñoz, C., y Pachón, X. La niñez en el siglo XX. Salud, educación, familia, recreación, maltrato, asistencia, protección. Planeta, Bogotá, 1991. Pág. 284.

esta forma se va dando origen a una enmarañada red social de maltrato que solo puede ser tratada y superada en red.

A la red social de maltrato deberá oponerse la red social de promoción del buen trato. A la red social de agresividad y violencia se le opondrá la red social del afecto y la ternura. A la red social del autoritarismo y el castigo se enfrentará la del diálogo y comprensión. Así será posible pensar que se están dando pasos hacia la superación del problema.

Esta sociedad violenta, nuestra violenta sociedad colombiana tiene totalmente relajados los límites de tolerancia a la agresión. Hoy existe la convicción de que sin castigo y fuerza nada será posible y estas convicciones terminan extendiéndose a todos los espacios: el familiar y el escolar, el comunitario y el social, y todos terminan volviéndose cómplices de todos, "yo me cubro en tu violencia, tu te cubres en la mía". Se trata entonces sí de hacer esfuerzos individuales pero no solamente éstos. Lo individual teje y se apoya en lo colectivo. La red social se alimenta de la red individual a la vez que los procesos individuales constituyen la trama del tejido social.

Curar rencores y heridas individuales posibilita el inicio de una mirada comprensiva a la relación *ADULTO-NIÑO*. Los maltratos sufridos en la infancia han sido la fuente de todo el dolor interior y de las hondas cicatrices que impiden al adulto establecer relaciones sanas con sus niños. Se hace necesario curar estas heridas y, una vez superado este rencor, se posibilita que el adulto revele sus relaciones consigo mismo y con quienes son ahora el espejo



retrovisor de su propia infancia: sus hijos, los niños de sus afectos. Pero ¿será esto posible en una sociedad que, como ya se dijo, no ofrece espacios de reflexión y revaloración de la infancia, aun más, de los más humanos sentimientos y deseos?

6. REVALORACIÓN DEL CONFLICTO EN LA DINÁMICA SOCIAL

Es verdad que venimos en una tradición cultural en la cual se insiste en muchas formas que se evite el conflicto: “no seas conflictivo”, “evitemos el conflicto, la controversia”, “no permitamos que en la pareja se instale el conflicto”, “superemos los conflictos padres-hijos”, “no creemos conflictos en la empresa, en el barrio, en la comunidad”, “hablemos todos el mismo lenguaje”, “este conflicto social está acabando con

el país”.... Hace poco el periodista Héctor Abad Faciolince escribía en una columna de la revista Cambio, que la palabra “conflicto” era una de las palabras comodín más utilizadas hoy en la conversación cotidiana y, podemos agregar, que siempre se hace en el sentido de algo que no debería ser, algo no natural, algo no deseable. A esto se refería Estanislao Zuleta en varios de sus textos en los que criticaba el deseo idílico de una vida sin conflicto y a lo que calificaba, siguiendo a Nietzsche, de “ideal negativo de la felicidad”. En este sentido sostenía que “la erradicación de los conflictos y su disolución en una cálida convivencia no es una meta alcanzable, ni deseable; ni en la vida personal – en el amor y en la amistad- ni en la vida colectiva. Es preciso, por el contrario, construir un espacio social y legal en el cual los conflictos puedan manifestarse y desarrollarse, sin que la oposición al otro conduzca a la supresión del

otro, matandolo, reduciendolo a la impotencia o silenciandolo”⁷.

Desde que a Freud se le ocurrió desenmascarar la ambivalencia de nuestros sentimientos, la facilidad con la que pasamos del amor al odio, del deseo de vivir al deseo de morir, del mismo modo que del día se pasa a la noche, no nos ha quedado más remedio que pensar en la necesidad de aceptar el conflicto. Si en nuestra propia naturaleza somos conflictivos no nos queda más que aceptar que nuestras relaciones deben ser conflictivas. También Piaget y sus seguidores nos hablan claramente de que el factor que mueve al niño a aprender más, a entender mejor, es la aparición una y otra vez en sus búsquedas de lo que él llamó el conflicto cognitivo, o desequilibrio cognitivo⁸. ¡Qué bueno que todo docente tuviera esto ya muy claro!

Entonces, al conflicto no hay que huirle ni rechazarlo como algo negativo. De lo que se trata es de aceptarlo, asumirlo y manejarlo. Se trata de asumir el conflicto no como contravalor sino como un nuevo valor que debe ser cultivado desde la infancia y esto, de una vez es bueno decirlo, posibilitaría además, que muchos de los “motivos” del mal-

⁷ Zuleta, E. “Sobre la guerra”. En Estrategias de la paz. Aportes teóricos hacia una convivencia social. López, M. Compilador. El Mohan, Villavicencio, 1998. Pag. 139-141.

⁸ ver Piaget, J. Diversos escritos, entre ellos: Psicología del Niño, Madrid, Morata, varias ediciones. Psicología de la Inteligencia, Grijalbo, varias ediciones. Y entre sus seguidores son valiosísimos los aportes pedagógicos del grupo de estudio de Emilia Ferreiro y Ana Teberoski específicamente en Los Sistemas de Escritura en el desarrollo del Niño, México, Siglo XXI, varias ediciones.

pedagógica y una revaloración del niño”⁹.



7. GENERAR ESPACIOS QUE POSIBILITEN LA DEVOLUCIÓN DE LA PALABRA A LA INFANCIA

No más silenciamientos. El hombre es un ser de lenguaje, de palabra. ¿Por qué seguir acallando la voz de los débiles, del niño? ¿Por qué seguir ocultando con gritos sus escasos gemidos? ¿Por qué seguir taponando la voz de nuestro niño, de nuestro niño interior? El adulto necesita de la palabra del niño para reorientar sus propósitos y dominar sus impulsos. Experiencias terapéuticas demuestran que cuando al niño se lo fortalece para ser capaz de llevar su palabra en medio del terror que vive, para decir “padre tú no tienes que castigarme”, “madre no me pegues más”, se están dando pasos valiosos hacia las reducciones de las acciones violentas en el adulto. Es que por la palabra dada el niño recupera ante los padres su estatus de sujeto y esto es ya un límite poderoso en las acciones que ellos ejercen sobre él. Es esto lo que se ha encontrado también en las relaciones de pareja en aquellas mujeres que han logrado dar lugar al poder de su palabra.

trato pierdan fuerza: “No peleen”, “no me contestes”, “no me contradigas”, “no seas desobediente”, “no discutan”, son frases que tendrían que desaparecer del entorno educativo, familiar y escolar y, por supuesto, de los expedientes de castigo y maltrato.

Volviendo a la idea de conflicto y su aceptación como nuevo valor esto permitirá no sólo distensionar las relaciones humanas y la relación *ADULTO-NIÑO* sino que será un paso muy valioso en la aceptación del otro, en su ascensión como un ser otro no igual a mí, no como a mi me gustaría que fuera sino como él es. Es aquí donde está la posibilidad de construir comunidades de personas,

de seres-otros que se encuentran y se desencuentran en sus permanentes conflictos y consenso. Es así, también, como se siembran las raíces más firmes de la tolerancia y la convivencia pacífica (conflictiva?) que tanto echamos de menos. “Para que el fenómeno del conflicto sea aceptado a nivel colectivo como nuevo consenso social, es preciso que se convierta en un valor colectivo. Y por ello, es necesario que cada uno ayudado por la sociedad, haya aprendido a vivir con sus propios e inevitables conflictos personales, sin lo cual el fenómeno del conflicto se quedará en simple cláusula de estilo. Pero ni este aprendizaje, ni este acuerdo colectivo son posibles si antes no tiene lugar una **revolución**

Lo que sucede es que es a través de la palabra como yo puedo saber de la situación del otro, su deseo, su sentir y su querer y, en el caso de la relación *ADULTO-NIÑO* en la que, como se dijo, los dos sujetos de la relación son tan distintos y tan distantes (sobre todo cuando la voz

⁹ Mendel, G., Op. Cit., p. 224



de nuestro niño interior está acallada), la posibilidad de que se dé ese encuentro se halla en la palabra intermediadora de esta relación. De esta necesidad descubierta es que proviene la insistencia obsesiva en el diálogo padres-hijos de que hablan los estudiosos de familia pero habría que agregar, por supuesto, que la insistencia es en la aceptación del diálogo conflictivo, de los acuerdos y los desacuerdos. ¿Quedaría así algún lugar para el maltrato y la imposición severos?

Falta destacar lo importante de la ganancia agregada que esto tiene para el adulto en cuanto le permite reaprender y reemprender su infancia, revivir y reubicar su propio conflicto infantil, reinventar y enriquecer su propia fantasía primera. Esto es un tema que habría que profundizar más.

8. POR UNA SOCIEDAD EN LA QUE LA EDUCACIÓN SEA UN VALOR

Una clara conclusión de la desvalorización de la infancia es que la educación también lo esté (y viceversa?). Muy pocas pruebas o explicaciones se necesitan para demostrar que en nuestro país hace muchos años que la educación no vale. Numerosos paros docentes soportados por la comunidad, muchísimas dificultades vividas por ella para llevar sus procesos escolares con apenas muy mediocres resultados, son suficiente prueba de esta realidad. No obstante, se ha dicho también que la base del progreso de una sociedad se halla en la importancia que ésta dé a sus dos pilares básicos: salud y educación. También se sabe que las grandes transformaciones culturales han sido el resultado de

acciones pedagógicas sostenidas y de largo alcance (Cuba es un ejemplo de ello, Suiza también). Muy enfocado está entonces Mendel cuando acepta que su proyecto cultural no será posible si antes no se da lugar a una revolución pedagógica. Y en esta revolución, agregamos, quedarán totalmente transformados los términos de la relación *ADULTO-NIÑO* y el papel que se asigne tanto a la autoridad, como al lenguaje intermediador del que se habló antes.

En este mismo sentido es en el que se enfoca Freire cuando señala la dialogicidad como la esencia de la educación en cuanto práctica de la libertad. En este diálogo está primero la palabra en cuanto reflexión y en cuanto acción, es decir, en cuanto praxis, y de aquí surge la posibilidad de asumir la educación no como una relación unilateral de autoridad para ejercer y de sabiduría para dar sino de encuentro de saberes (el tuyo y el mío) y de generación de praxis (tu vivencia y la mía), es así como se hace la devolución a los educandos en forma ya sistematizada y acrecentada de aquellos conocimientos que él entregó en forma inestructurada¹⁰.

9. ¿Y POR QUE NO REGALARLE A LA TEMPESTUOSA MODERNIDAD UN RAYITO DE TERNURA?

Por ser la más atrevida e ilusoria de las afirmaciones, pero también por ser el más hermoso de los sueños tenía que ser este el último tema en

ser tratado. ¿Acaso a esta modernidad todopoderosa e invencible y que, a veces, pareciera ser algo que simplemente se nos dio y así hay que aceptarla, aún más, se convierte ella en el parámetro de lo que debe ser aceptado y lo que no, acaso a esta modernidad se le podrá colar un rayito de ternura? Lobería dirán muchos, ilusión, otros.

Sí es ilusión, pero ilusión asumida en el sentido de Winnicott: la ilusión como espacio intermediador entre el yo y la cultura, la ilusión como lugar de seguridad, lugar que da finalmente la posibilidad de salir de un medio seguro para aventurarse a otro superior pero que le implicará esfuerzos nuevos¹¹. De esta ilusión se generan todas las creaciones de la cultura que permiten el ejercicio de la creatividad y la fantasía para adaptarse mejor a los retos que la misma cultura impone. En esto es que se sustenta que la ilusión y la fantasía sigan siendo tan necesarias aunque la fría razón instrumental nos quiera imponer sus realidades, su sujeción y nos quiera ofrecer como único escape otra realidad así se la llame realidad... virtual.

El hombre moderno necesita volver a la ilusión, a la fantasía y con ellas a la ternura. Esto es algo que aun no le ha podido compensar la ciencia ni los modernos sistemas de vida. Así es como se explica que junto a la modernidad se esté manifestando en súbita explosión un obsesivo retorno a lo esotérico, a lo espiritual, a las antiguas y nuevas religiones, a los mensajes de autoconocimiento, autoayuda y autosuperación. Pero con todo esto lo que se está es co-

¹⁰ Cfr. Freire, P., Op. Cit., principalmente Capítulo III

¹¹ Para profundizar en esto ver principalmente Winnicott, D. W., Realidad y Juego. Barcelona, Gedisa, 1990

riendo el peligro de múltiples alienaciones más, nuevos opios y nuevas dependencias a la vez que el sujeto sigue víctima de su soledad, porque lo que en realidad él necesita es un retorno al otro, un encuentro en el otro, un tierno descanso en el otro.

Sin necesidad de irnos a otras culturas hacemos referencia a un libro revelador para nosotros en cuanto que es a nosotros a quienes nos dibuja. Se trata de "El Derecho a la Ternura" de Luis Carlos Restrepo¹². Este es un libro cargado de retratos de nuestra cultura y por lo mismo orientador sobre lo que nos sucede y lo que podríamos visionar. Lo que de este texto nos interesa mirar, a propósito del tema que aquí nos ocupa, es lo que su autor propone cuando antepone a la violencia y agresión el escudo de la ternura. Allí se argumenta que si nuestro hombre fuera capaz de cambiar el agarrar por la caricia, el poder de la autoridad dado por el sexo o por la edad, se empezaría a dar lugar a la aparición de la ternura tanto en la pareja, como en la familia, como en la escuela, como en el trabajo. Cuando el poder de la fuerza se debilita se crean las condiciones para que aparezca la posibilidad de acariciar y esto es muy evidente en la vida de las parejas. Cuando el poder del macho se reduce, la mujer se atreve a acariciar y entonces el hombre quiere recibir y dar más de lo mismo. No es que de este modo desaparezca el impulso de agresión o imposición. Lo que sucede es que sin proponérselo la ternura se va convirtiendo en una barrera protectora que impide o pone freno a la

acción agresora sobre el otro. Es que la ternura nos ayuda a sentirnos débiles y necesitados del otro y, por consiguiente, nos negamos a destruir un día esta nueva fuente de seguridad y de ilusión.

La propuesta de la ternura no es una propuesta novedosa, mucho menos moderna. Es un retorno a algo que siempre el hombre ha necesitado, una necesidad básica de supervivencia y de convivencia es, en el decir de Restrepo, un derecho que ha ido quedando relegado ante el empuje de la ciencia, la tecnología y las nuevas necesidades que el hombre se ha creado pensando que así podría cambiar las antiguas.

Cuando se propone un retorno a la ternura no se hace con la ilusión de llegar al deseado paraíso de paz y armonía absolutas. Lo que se busca en ella es un escudo protector que hace mucho más humanas todas las relaciones del sujeto, que le permite al hombre rodear de sueños y utopías sus mejores creaciones científicas o artísticas y que, definitivamente, lo llevan a revalorar lo débil, lo pequeño, lo delicado, el amor, la mujer, el niño, constituyéndose así en el principal freno para el impulso que siempre persistirá hacia el dominio, la agresión y el maltrato.



¹² Ver Restrepo, L. C. El Derecho a la Ternura, Bogotá, Arango editores, 1994

BIBLIOGRAFÍA

- ASOCIACIÓN COLOMBIANA PARA LA DEFENSA DEL MENOR MALTRATADO. El drama de la niñez maltratada en Colombia. Bogotá, 1994.
- CUADROS, ISABEL. La situación de la niñez maltratada en Colombia. Asociación colombiana para la defensa del menor maltratado. Bogotá, 1994.
- DE MAUSE, Lloid. Historia de la infancia. Alianza, Madrid, 1991.
- FERREIRO, E. Y TEBEROSKY, A. Los Sistemas de Escritura en el Desarrollo del Niño. México, Siglo XXI, 1982.
- FREIRE, Paulo. Pedagogía del Oprimido. México, Siglo XXI, 1980.
- GALLO, Héctor. Usos y abusos del maltrato: una perspectiva psicoanalítica. Medellín, Universidad de Antioquia, 1999.
- ICBF-FES. Maltrato infantil en Colombia. Estado del Arte 1985-1996. Bogotá, 1997.
- MENDEL, Gerard. La Descolonización del Niño. Barcelona, Ariel, 1971.
- MUÑOZ, Cecilia, PACHÓN, Xinema. La niñez en el siglo XX. Salud, educación, familia, recreación, maltrato, asistencia y protección. Bogotá, 1991.
- PIAGET, Jean. Psicología del Niño. Madrid, Morata, 1984.
- _____ El Criterio Moral en el Niño, Barcelona, Martínez-Roca, 1984.
- RESTREPO, Luis Carlos. El Derecho a la Ternura. Bogotá, Arango, 1994.
- WINNICOTT, Donald W., Juego y Realidad. Barcelona, Gedisa, 1990.
- VISIÓN MUNDIAL INTERNACIONAL. Rostros de violencia en América Latina y el Caribe. San José, Costa Rica, 2001.
- UNICEF. Violencia e infancia. Bogotá, 1998.